XVIII Domingo del Tiempo Ordinario C

Tener o no tener

"Un hombre rico tuvo una gran cosecha y se dijo: Tienes bienes acumulados para muchos años, come, bebe, date buena vida". San Lucas, cap. 12.

Hemos convertido insensiblemente el dilema de Hamlet: "Ser o no ser", en uno menos noble y más prosaico: "Tener o no tener".

Un día inventamos la rueda, los espejos ustorios, la pólvora, la televisión, los computadores, los cohetes espaciales...Pero, ¿nos ha servido todo esto para ser mejores? Algunas veces. Cuando no nos hemos convertido en seres extraños, rodeados de cosas, con la mente colmada de ambición y el corazón enfermo de egoísmo.

El Evangelio nos cuenta el solemne fracaso de un hombre: Sus cosechas habían sido abundantes. Amplió entonces sus graneros. Y cuando esperaba alcanzar la felicidad, llegó la muerte con pasos silenciosos. Lo que había acumulado con tantos esfuerzos, ¿para quién sería?

Todos luchamos por el pan de cada día, la vivienda, el vestido, la salud, el estudio de los hijos, la seguridad del mañana. Pero no es cristiano acumular bienes materiales sin pensar en los demás. Dios nos entregó el universo para que lo dominámos y lo compartiéramos fraternalmente.

Cuando el Señor comunica a ciertos elementos materiales un poder especial e inventa así los Sacramentos, nos invita a conferirle a cada cosa una fuerza de salvación. Entonces el mundo físico se torna en alfabeto de un idioma variado, hermoso y rico que se llama caridad.

Así nuestros bienes enseñan en las escuelas de los barrios alejados, capacitan a los jóvenes de los tugurios, llevan medicinas a los remotos caseríos, levantan casas para las familias que viven bajo los puentes, juegan en los parques con los niños que no sabían reír y ayudan a los marginados a sentirse personas.

Muchos de nosotros no hemos experimentado nunca la alegría de servir a los demás. Es una dicha más honda y duradera que aquella que nos da la compra de un apartamento, de una casa de campo, el viaje a Europa, el automóvil último modelo.

Un día moriremos. Pero nuestros bienes pasarán la aduana de la muerte, si los hemos usado para el servicio de nuestros hermanos. Entonces esos dones de Dios y el fruto de nuestro trabajo se convertirán en un tesoro que no roe la polilla, ni amenazan la herrumbre o los ladrones. Jesús lo dijo con mucha claridad: Si hemos dado de comer a los

hambrientos, de beber a los sedientos. Si hemos vestido a los necesitados y les hemos enseñado a vivir y a triunfar.

El fracaso del rico aquel que nos cuenta el Evangelio no será el de nuestra vida. Habremos resuelto a favor nuestro otro dilema: "Amar o no amar". En él se juega la grandeza del hombre.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y